

EL PASADO DIA 3 DE DICIEMBRE CELEBRO LA CASA BALCELLS SUS BODAS DE BRILLANTE

en 10/39 Don

Desenvolvimiento histórico y económico de una de las más prestigiosas Compañías que giran en plaza.—De don Buenaventura Balcells y Carol a "Pepito" Balcells y García: setenta y cinco años de éxitos comerciales continuados. J. Balcells y Compañía tiene, entre otros más, dos orgullos fundamentales: la dinastía de los José y el magnífico aceite que lleva su nombre.—Filosofía de la flota de Barcos de Vela que enseñó a unos hombres luchadores que la máxima ciencia comercial consiste en saber arrojar lastre a tiempo. La gerencia de esta empresa ha estado siempre en manos de un miembro de la familia Balcells y sus utilidades quedaron y quedan en Cuba.—Don José Balcells y Bosch: un símbolo; "Pepito" Balcells y García: un ejemplo; J. Balcells y Compañía: establecimiento ultra-moderno basado en la sabia asociación de un padre catalán y un hijo cubano.

SAN CRISTOBAL de La Habana. Finaliza el año de gracia de 1863. En la Isla entera, pero particularmente en la capital, se gozan los beneficios de la sabia administración del Capitán General don Francisco Serrano, Duque de la Torre, que ha propiciado con medidas hábiles el progreso material e intelectual de esta tierra. Sobre todo, la amnistía política recién promulgada, devuelve a Cuba un gran contingente de hombres de mucho valer, que estaban expatriados por temor a represalias y a quienes preside, espiritualmente, el Conde de Pozos Dulces, que trae ya en cartera las reformas que ha de aplicar en breve al célebre periódico «El Siglo».

Consecuencia natural de tan larga permanencia en el extranjero, especialmente en España, con esos personajes que vuelven, vienen no pocos peninsulares que han aprendido a amar a Cuba a través de sus hijos y que sienten, sin conocerla aún, la nostalgia de este ambiente. Amigos y compañeros de Miguel Aldama, de José Antonio Saco, de Fernández Bramosio, de Armas y Céspedes y de José Manuel Mestre, los españoles que les siguen a este país, son personas de cultura y espíritus de distinción. La ciudad de La Habana, por tanto, recibe una inyección de entusiasmo, de hombres y de dinero que la vigorizan extraordinariamente. Nuevos comercios se abren y los establecimientos de novísima factura se destacan por la fina emulación que hacen de los de Madrid, Barcelona y Valencia.

Entre esas empresas de reciente creación, una, que radica en el inmueble marcado con el número cinco de la calle de la Obrapia, y que trafica en víveres, azafrán y tasajo, llama la atención de los habitantes desde que se instala allí, el 3 de diciembre del referido año 1863. Su

propietario, en efecto, es un hombre de mundo, de elegantes maneras y amigo personal de muchos personajes de la época. Acredita a la vez, por tanto, las bondades del giro comercial y los prestigios de su Cataluña nativa.

—Don Buenaventura Balcells y Carol sabe lo que hace—, murmura la voz pública con admiración.

Y como es así y a patrón avisado y previsor, nadie le gana, don Buenaventura sorprende a su notario cuando en la escritura de constitución del negocio, establece cláusulas de buen trato excepcional para sus dependientes.

—Pero eso es socialismo puro—le indica alguien.

—¿Sí? Pues yo le llamo humanidad...

Y los propósitos se hacen ley.

Pasan los años. La casa Balcells lucha, se desarrolla, se agiganta. Goza de enorme prestigio en el Mercado. Pero su dueño no es feliz. El corazón se le vuelve de continuo hacia Barcelona, donde una muchacha, bonita y seductora como sólo puede serlo una catalana, sonríe y espera... Don Buenaventura no resiste más: prepara sus maletas, y un día de 1875, deja el establecimiento en manos de su sobrino José Balcells y Cortada—que sólo cuenta 20 años de edad—y vuelve a la tierra natal, donde en seguida contrae nupcias y funda la sucursal de Balcells y Compañía que aún existe...

Mientras, en La Habana, queda arraigado para siempre su apellido, amparado por su nombre profético, ya que si una obra es «buena», lógico es que tenga «ventura»...

BALCELLS EVOCA SU FLOTA DE BARCOS DE VELA

—Pero no nos detengamos en detalles, que hay mucho que contar—nos dice don José Balcells y Bosch, en presencia de su hijo «Pepito»,



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

cuando nos recibe en su despacho de San Ignacio, 313-315, a donde hemos ido a saludarles, en nombre de DIARIO DE LA MARINA, por las Bodas de Brillante que acaba de cumplir el pasado 3 de diciembre tan acreditada razón social. Sigo haciendo la historia de ésta su casa... Con los negocios ya a cargo de don José Balcells y Cortada—que estableció, por cierto, la costumbre de dar anualmente a la empleomanía el 20 por ciento de las utilidades—, comienza en la firma, le digo, la dinastía de las «J». Con el nombre de «J. Balcells y Compañía», pues, ha venido girando esta empresa desde 1875. Mire, por cierto: he aquí un retrato familiar con seis José Balcells...

Y nos tiende una fina cartulina, que observamos con atención.

—A partir de entonces—prosigue don José—la casa amplió sus actividades, como consignataria de buques, banca e importadora de víveres en general. Mi familiar Balcells y Cortada la dirigía, por tanto, cuando el desastre económico de 1884, en que por la quiebra del sistema establecido de operaciones con pagarés, quebraron los comercios más sólidos de la Isla. «J. Balcells y Cia.», no hay para qué decirlo, permaneció en pie.

—¿Y qué fué de ese antecesor?

—Verá. Se retiró del país a los 34 años, en 1888, dejando el cuidado y dirección de los negocios a su hermano Antonio, que se casó aquí y constituyó familia cubana. El clima no fué propicio a éste, empero, por lo que once años más tarde, por prescripción facultativa, volvió a la Península.

—¿Se hizo usted cargo de la casa entonces?

—Efectivamente.

—¿Solo, don José?

—No, señor. Durante varios años, de 1900 a 1928, compartí responsabilidades con mi hermano Luis. A mí me sacaron de un colegio del Mediodía de Francia—el Liceo de Albi, Departamento de Tarn—, donde cursaba estudios superiores, para encargarme del negocio, habiendo llegado a Cuba en 1895, pocos días antes de la Guerra de Independencia. La gerencia de la casa siempre ha estado en manos de un Balcells.

—Ahora, a través del tiempo, ¿qué estima usted como lo más característico de «J. Balcells y Compañía»?

—La desaparecida flota de barcos de vela, que hacía por cuenta propia el tráfico siguiente: España, Uruguay, Argentina, Estados Unidos, Cuba. Escuche cómo fué: las primeras actividades de don Buenaventura se concentraron en la explotación de azafrán, badanas y conservas. Al volver él a Barcelona, comprendió que había un gran filón en el intercambio de productos de la Metrópoli con los de América, por lo que se proveyó poco a poco de siete barcos de vela, que navegaban todo el año de un lado a otro.

—¿Y no demoraban mucho, don José?

—Según. Generalmente, tardaban dos meses de España a aquí, pero eran frecuentes las excepciones. Recuerdo que uno tardó sólo treinta y cinco días del Río de la Plata a La Habana y «La Josefa» hizo una vez la travesía Vigo-Cuba en sólo veintidós días. Iba cargada de aguardiente, salió dos días antes del Bloqueo

y divisó a lo lejos, mar afuera, a los buques yankees que venían con aquel propósito. Ya considerará cómo puso en práctica todos sus recursos para andar rápido...

—Por supuesto.

—Tengo, sin embargo, un recuerdo melancólico de la flota. ¿Ve usted aquel grabado?—y nuestro interlocutor nos lleva hacia la oficina del archivo—. Representa la «Montornés», embarcación de mil toneladas, desaparecida misteriosamente en un viaje de Cuba-New Orleans-España, allá por el 11 o el 12. Llevaba el nombre de mi aldea natal—todos los Balcells somos de Montornés, Lérida, menos «Pepito»—y nunca más se supo de ella ni de su tripulación...

La emoción cubre el semblante de don José Balcells y Bosch. Le observamos. Erguido y fuerte, lleva con admirable soltura sus sesenta y dos años.

—Bueno—nos dice—hablemos de fechas más alegres. Por ejemplo, del 18 de septiembre de 1922...

ARROJAR LASTRE: NUEVA CIENCIA COMERCIAL

—Ese día entré a trabajar a las órdenes de mi tío y de mi padre por la primera vez—nos informa tomando la palabra «Pepito» Balcells y García, hijo único del anterior y hoy gerente principal del establecimiento. Tengo a orgullo haber desempeñado aquí todos los cargos.

—Entonces, ¿de abajo arriba?

—Sí, señor. Por eso, cuando en 1929 vine a formar parte de la gerencia, estaba verdaderamente documentado.

—Se ve...

Y el repórter recuerda los antecedentes que tiene de esta joven e importante figura del comercio capitalino. Estudiante, primero de La Salle, después, de Institutos americanos, donde aprendió administración e inglés, su robusta personalidad le ha hecho sobresalir de la esfera privada para proyectarse en la pública. Todos saben, por cierto, que fué Presidente de la Lonja del Comercio y del Instituto de Estabilización del Café—donde fundó la Oficina Panamericana de New York—y que con sólo treinta y cuatro años de edad se ha permitido el lujo de rechazar una cartera ministerial...

—Antes de que se me olvide—agrega «Pepito»: quiero completar el pensamiento de mi padre en lo referente a la extinguida Flota de Barcos de Vela de la casa... Sí: ella tuvo gran importancia en nuestro desenvolvimiento porque nos enseñó la difícil ciencia de saber arrojar lastre...

—Si no se explica usted...

—¿Cómo no, señor? Atienda. La firma de «J. Balcells y Cia.» no se ha mantenido estancada nunca, sino siempre evolucionando. He ahí, yo creo, la clave de su prosperidad. Por ejemplo, viene la terrible Guerra Mundial de 14 al 18. Se desmoraliza el mercado azucarero. Poco después la caña se hace amarga. Y Balcells—lastre al agua—clausura su Departamento de Azúcar. Otros años más. Crisis del tasajo, por la merma de la economía local y los grandes aranceles. Balcells no vacila. Pierde la línea

Houston. Pues menos lastre. Después, la «Compañía Transoceánica de Navegación» deja de funcionar al no emigrar ya hacia Cuba los isleños. Balcells se reduce. Más lastre afuera... ¿Estamos?

Nosotros sonreímos.

—Siempre adelante—comentamos.

—Eso es. El momento actual encuentra a «J. Balcells y Compañía» con tres Departamentos solamente, pero sólidos: Importación de Viveres en General, Seguros y Administración de Bienes. Yo los acabo de reorganizar a los tres. Adaptarse o perecer, no hay otra solución; por eso, he hecho de una bodega colonial un establecimiento ultra-moderno. Y conste, que no hace más que cuatro años—el 5 de mayo del 34—que empecé a organizar la plaza para viveres... Todo el mundo comprende que es mejor hacer una cosa nueva que modernizar una vieja. Pues el orgullo de los Balcells es ir contra la corriente. Y el resultado está aquí: un edificio nuevo, dos plantas y una organización cada vez mejor.

—¡Ah, eso sí!—interrumpe don José. En esta casa se trabaja con alegría y me jacto de que el más humilde dependiente de hoy goza de mayores comodidades de las que yo tenía ayer cuando era patrón.

—Esas son nuestras referencias—contestamos—, pues en el «Gremio de Obreros y Empleados y sus Anexos» que tiene la oficina en San Ignacio, número 43, nos garantizaron que con «Balcells no hay problemas»...

UN NEGOCIO QUE CONCILIA. LA PULCRITUD Y LA EFICIENCIA

«Pepito» Balcells y García nos invita ahora a recorrer todo el establecimiento. Antes, don José nos hace una advertencia histórica:

—Recuerden que la casa radicó primero en Obrapia, 5, después en San Ignacio, donde estuvo luego la Panadería «La Caoba»; seguidamente, en Cuba, 74 y al poco tiempo en el 43 de la propia calle; más tarde, en Amargura, 34, y por último aquí, en San Ignacio, 313-315.

—Muy bien.

La planta alta de la mansión de Balcells está dividida en dos amplias secciones: una para oficinas del propio negocio y otra para oficinas de alquiler.

—En este salón—comienza informando el joven Balcells—están distribuidos los empleados, muebles de oficina, archivos, etc., de nuestros tres Departamentos. Estos de acá, Viveres. Al centro, Seguros (representamos a la Royal Insurance Co., Ltd., de Liverpool, Inglaterra, desde 1890). Aquí, Administración de Bienes. ¿Qué les parece?

El ambiente es de confort y sobriedad. Así se lo decimos.

—Pues la organización técnica obedece a este lema: trabajo eficiente, sin interferencias ni duplicidad. Acabo de perfeccionar el sistema en todos sus detalles y espero los frutos en el año que hoy comienza.

Por una rendija, divisamos un lecho.

—¿Cómo? ¿Dormitorios también?

—Sí, señor. La casa los ofrece a los empleados y dependientes que así lo demandan. Venga a ver.

Y «Pepito» Balcells y García nos conduce al interior del piso, donde hay varias habitaciones fulgurantes de limpieza y habilitadas con mucha comodidad. En un pasillo, una mesa de billar para recreo de los empleados. Más allá, duchas, servicios sanitarios, etc.

—Aquí vivimos todos como una familia. Nosotros pagamos hasta el impuesto de Maternidad Obrera...

Bajamos a los almacenes.

La primera impresión es de sorpresa.

En efecto, hay allí, al centro, una amplia plazoleta donde estaban cargando en el instante de la visita tres camiones y un carro de dos mulos.

—La calle libre para todos—nos informa Balcells—es nuestra obsesión. La Habana no tiene calles lo bastante amplias para efectuar en ellas estas labores sin molestar al prójimo. Además, de esta manera no hay peligro alguno para el personal ni para las bestias.

—Sin duda.

Visitamos en seguida todas las secciones. Enormes hileras de cajas, conteniendo sardinas, aceites «Balcells», el mejor en plaza, y otros productos, y de sacos con granos diversos, se yerguen hasta pasar, por los huecos del patio, del techo del primer piso. Pero todas las tongas, con qué simetría, con qué exquisito cuidado!... Empleados y visitantes pueden pasar por cerca de ellos y circular libremente en cualquier dirección, en la seguridad de que no serán molestados en lo más mínimo.

Otro detalle: ni un papel ni una cajetilla vacía, ni un grano en el suelo.

—Pero aquí se puede andar vestido de blanco—observamos.

—Así ando yo en verano—asiente Balcells con una sonrisa.

—¿Y las ratas?

—Ni una. Tenemos tres zonas de fumigación de granos, herméticamente cerradas. El vapor se expide por chimeneas.

Media hora después, terminamos el recorrido.

Ya en el despacho otra vez, felicitamos calurosamente a los señores Balcells.

—Es la vuestra—decimos—una obra ejemplar, que merece ser conocida e imitada. «J. Balcells y Cia.», pueden estar orgullosos de que no es posible celebrar con más dignidad ni más éxito unas Bodas de Brillante.

Don José agradece el cumplido y responde:

—Así lo estimamos nosotros. Por eso, en un acto íntimo celebrado hace poco, para conmemorar el fausto acontecimiento, yo pronuncié las siguientes palabras:

«Es un deber de cortesía de mi parte, expresar, como expreso, en estos momentos, mi gran regocijo, uno de los mayores en mi ya larga vida, al tener a mi alrededor, acompañándome en este trascendental acto, a todo el personal, algunos, tan antiguos casi, como yo mismo, confundidos todos, en una sola familia.

No voy a hacer historia de la casa Balcells, cuyas Bodas de Brillante (75 años) estamos celebrando. Quiero, como he dicho antes, patentizar

f

ros mi satisfaccion en este acto de tanta importancia para todos, especialmente para mis queridos antecesores de gratos recuerdos, y para mi sucesor, mi hijo Pepito, como todos le llamamos. Y, quiero, además, exhortaros a no desmayar por la senda del trabajo y la honradez, cooperando de este modo al engrandecimiento de vuestra casa, único medio de dignificaros también y de dignificar este bello país que os vió nacer.

En medio de este regocijo que os he expresado y de esta confraternidad familiar, una pena muy honda, señores, embarga mi espíritu en estos momentos tan solemnes. No es otra que el recuerdo de todos mis antecesores desaparecidos, algunos, como mi buen hermano Luis, prematuramente. Para los descendientes de ellos y de sus allegados, vaya, a través del Atlántico, la expresión de toda mi gratitud y cariño, con un abrazo sentidísimo».

—Bellas frases, don José.

La entrevista ha concluído.

Ya al partir los señores Balcells nos ruegan:

—Y no olvide afirmar que la cláusula de 1875 sobre el 20 por ciento de las utilidades para los empleados, sigue rigiendo en esta casa; que mientras haya un Balcells perdurará la empresa y que todo lo que ella vale y representa es de un cubano y en Cuba se queda...

*Don
Cecilio N° 39*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA